

ANT-XIX-1383(3)

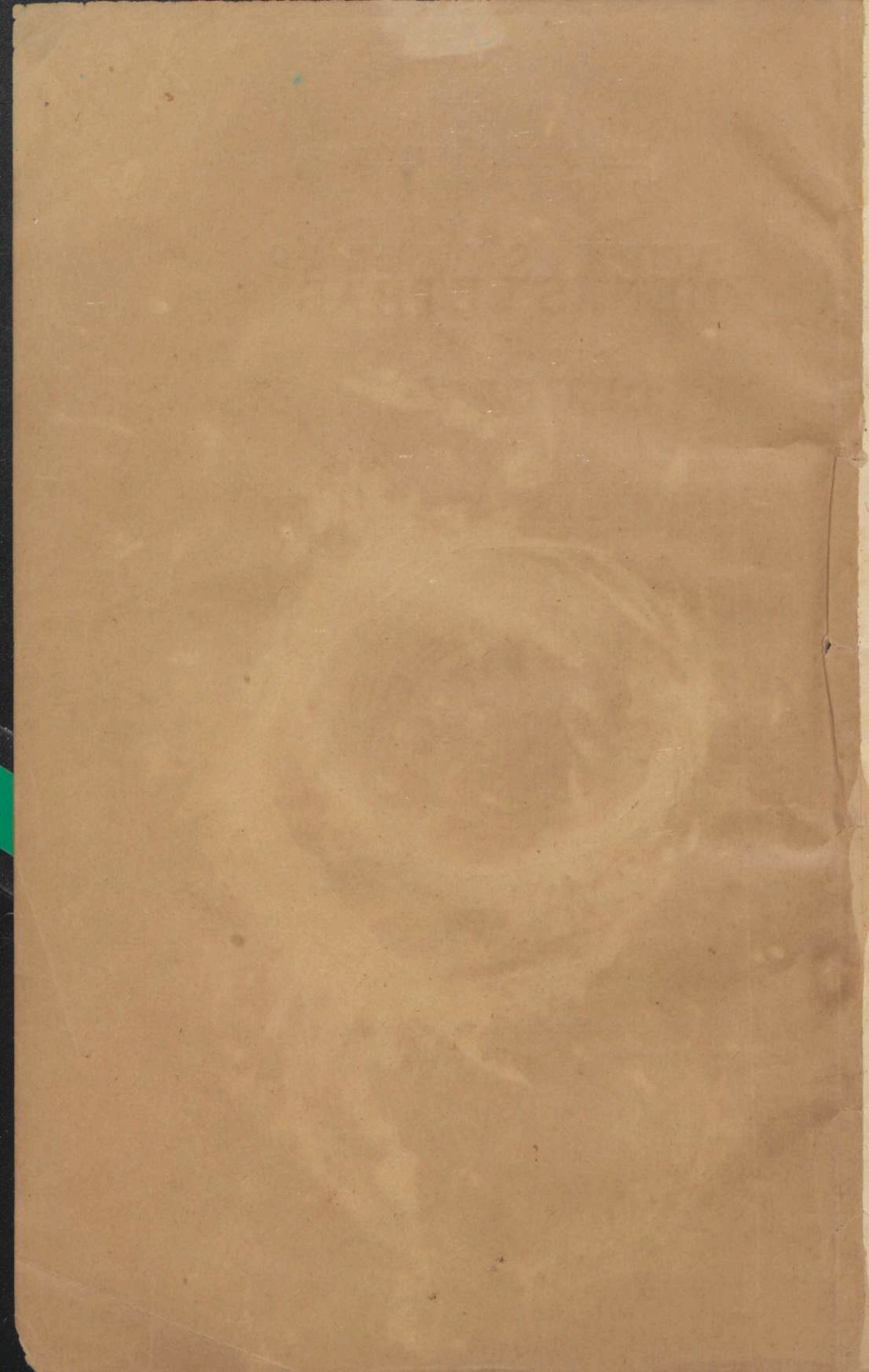
YIP

REAL ACADEMIA SEVILLANA
DE
BUENAS LETRAS
DISCURSO

LEIDO EN LA
SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADEMICO CXXIX
EL 19 DE OCTUBRE DE 1879.



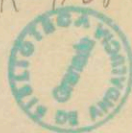
SEVILLA: 1879.
IMPRESA DE D. RAFAEL TARASCÓ Y LASSA,
SIERPES 79.



22 cmj

37p

R-91380



REAL ACADEMIA SEVILLANA
DE
BUENAS LETRAS

DISCURSO

LEIDO EN LA

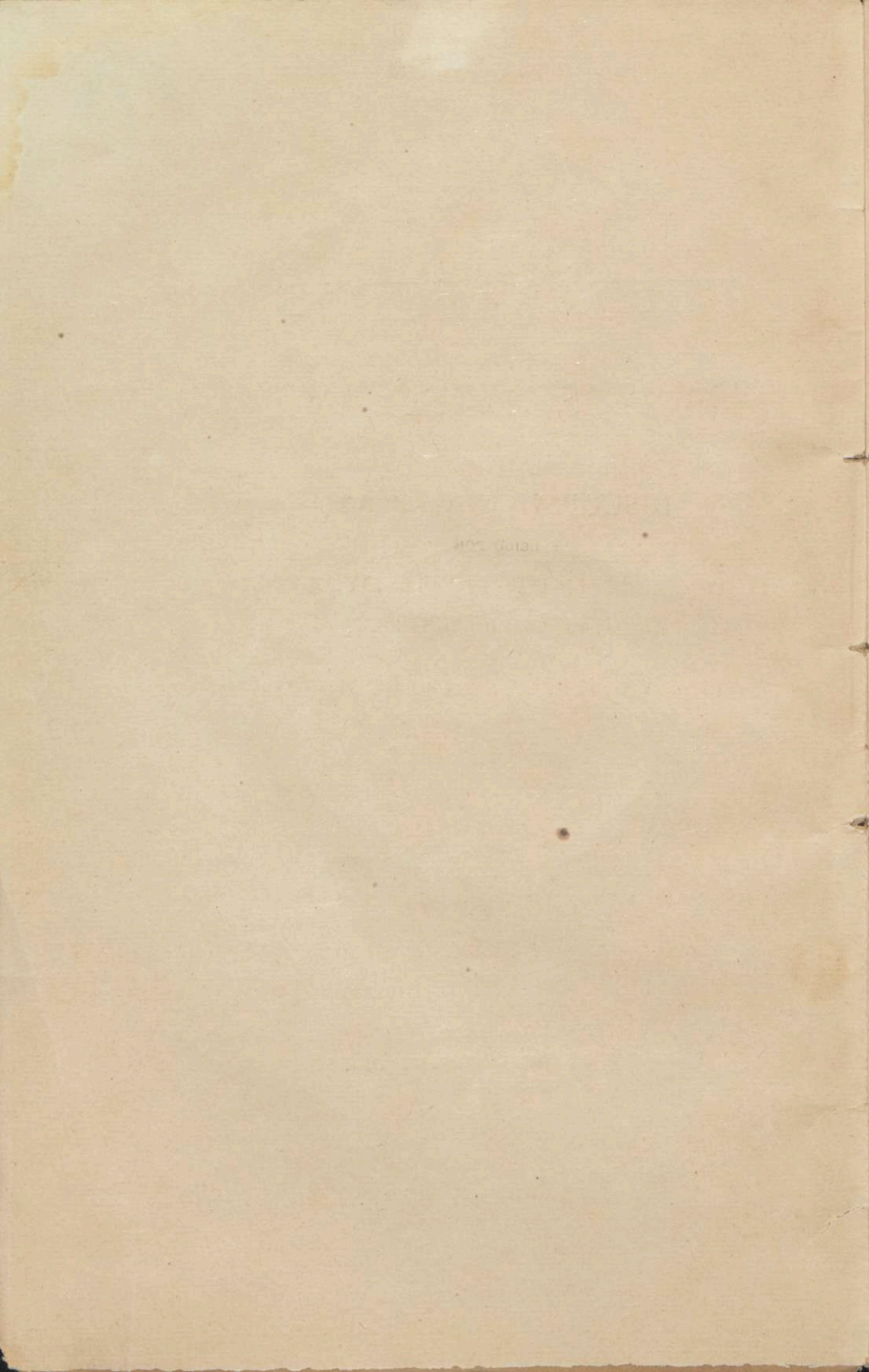
SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADEMICO CXXIX

EL 19 DE OCTUBRE DE 1879.



SEVILLA: 1879.

IMPENTA DE D. RAFAEL TARASCÓ Y LASSA,
SIERPES 73.

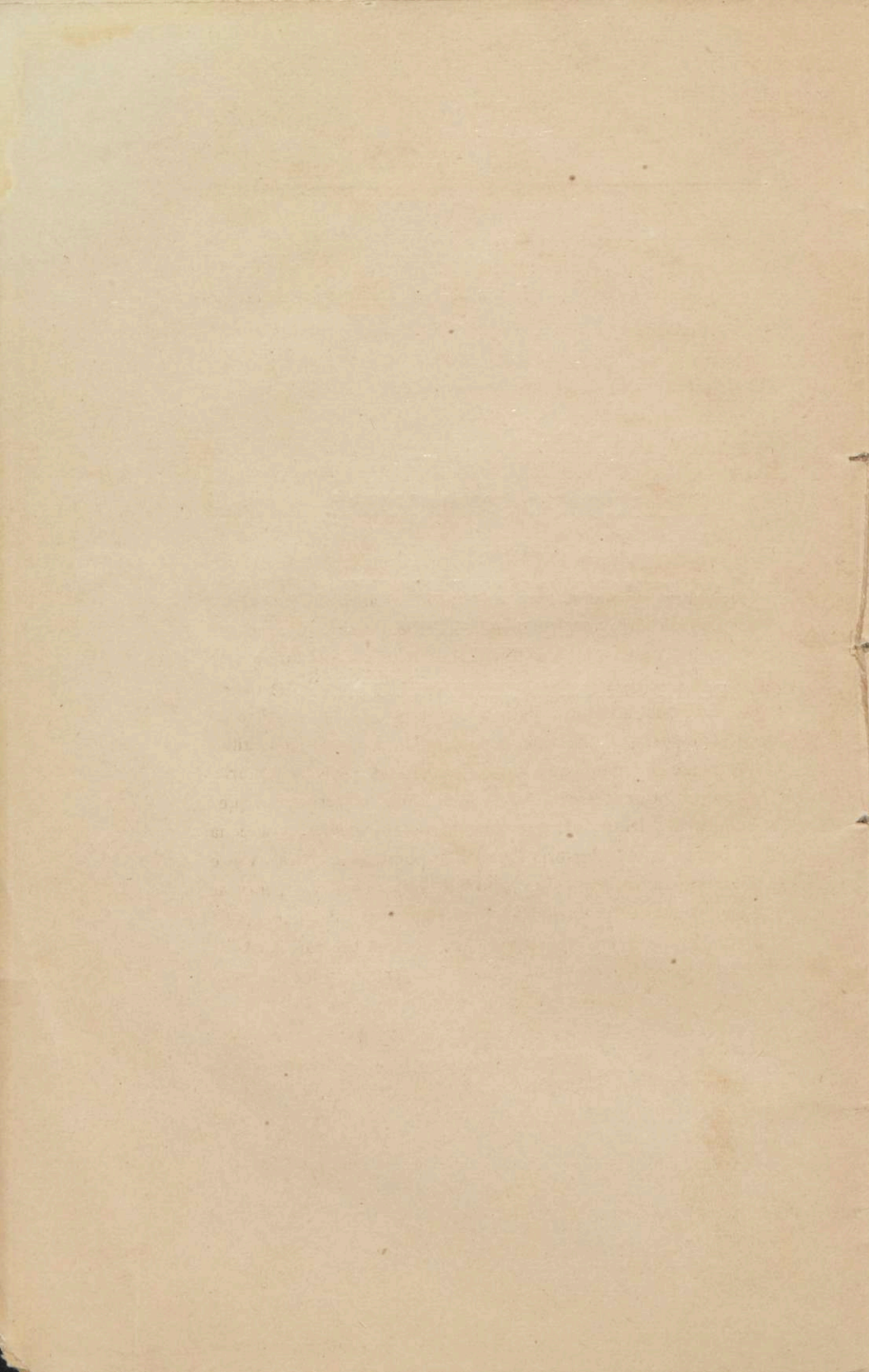


DISCURSO INAUGURAL

LEIDO POR

D. ANTONIO BENITEZ DE LUGO,
ACADÉMICO DE NÚMERO.

EL REY D. PEDRO TERCERO DE ARAGON.



SEÑORES ACADÉMICOS:

Inaugurar un nuevo año académico, es abrir de nuevo á la vida fecundas tareas espirituales, y ofrecer ocasion de mostrar el renaciente vigor y la savia viril del espíritu en esta nueva aparicion con que se rejuvenece. Solemnidad no escasa debe rodear á este acto, que un nuevo nacimiento de la vida espiritual señala, y la importancia de este acontecimiento, harto la justifica el homenaje de tributo que aquí congregados venís á rendirle. Con vuestra presencia demostrais que, no es indiferente ni puede serlo una solemnidad, que cuando menos, marca una fecha en el tiempo que la historia de esta corporacion registra. A este renacimiento acompaña como á todos, esas risueñas esperanzas que dan pábulo á las ilusiones que alimentan la vida, y cuya falta la senectud y la vejez acusa. Vivir, es siempre esperar, las fuerzas de la vida están en relacion con la esperanza y las ilusiones no alcanzadas, la estincion de estas, es su agotamiento y el anuncio seguro de la muerte. Desarrollar las esperanzas, que al espíritu animen en la investigacion de la verdad, es mision de toda corporacion científica; y la estension é importancia de sus fuer-

zas, medirse deben, por la estension y el desarrollo de sus tareas.

La Academia al consagrar hoy gran solemnidad á este acto, ofrece un testimonio de su vitalidad; en esta sesion pública al dar cuenta de su existencia, contrae compromiso solemne de dedicarse con ardimiento, é incitada por estímulo poderoso, á los trabajos intelectuales que forman la esencia de su vida. Hoy viene á decir públicamente que en el período que vá á abrirse, que en el año académico que empieza, su celo por la ciencia, su fé en la misma, y su participacion en la vida espiritual, no han de disminuir ni trocarse en aislamiento estacionario, separado del movimiento que en su corriente todo lo arrastra al fin para este siglo señalado. Viene á decir públicamente, que no es un cuerpo decrepito que en profundo letargo vegeta como un parásito adherido al pasado, sino que como cuerpo viviente, fija la vista en el porvenir, alimentando las esperanzas del presente.

Así realiza el altísimo deber de velar por el progreso del espíritu, encausando en suave corriente su marcha, para no ser arrastrada por el ímpetu fogoso de innovacion intempestiva, ni menos quedar á condenable atraso sentenciada. Y con noble estímulo, sin adorar solo el pasado, y con la vista en el porvenir, realizar un presente práctico, desembarazado de fuertes luchas y de violentos choques, que á cuerpos activos y militantes corresponden y que no sientan bien á la gravedad de una Academia. Nunca su puesto es el del peligro, pero sino debe pelear en la avanzada, ni arriesgarse en los primeros encuentros, tampoco ha de quedar reducida á depositar los laureles en la tumba de los héroes, y cantar sus hazañas; necesario es, participar de la gloria, y esta es precio del triunfo que un combate supone. Si las ilusiones que alientan la esperanza son síntomas de vida, no lo es menos el entusiasmo; y así como la virilidad del

cuerpo se manifiesta en su frescura y lozanía; así también, la virilidad del espíritu se revela por el entusiasmo. Cuando este queda apagado, la esperanza dormida, y las ilusiones agotadas, el espíritu languidece como herido de muerte. Nunca debe perderse el entusiasmo y caer en la indiferencia; por aquél viene hoy la Academia á hacer pública ostentacion de su amor á la vida, y solemnemente ofrecer el tributo de este amor, al entusiasmo con ella identificado. Por ese entusiasmo que en la prosecucion de la verdad nos arrastra, y que al comunicarnos su fuego no pretende abrazar el de los demás, por ese entusiasmo que demuestra su grandeza, en la lealtad con que acogé todas las opiniones en campo de paz, y sin que un espíritu estrecho y mezquino le convierta en antorcha de fuego que, aspirando comunicar el incendio, consume antes al que la conduce. Por ese noble, cuanto sincero entusiasmo, que forma la nutritiva savia de todo cuerpo científico, la Academia ofrece en holocausto todas sus fuerzas, prestándole toda la energía y la vida que le es propia. Con tan elevadas miras y levantado propósito, debe hacer uso de la crítica, que es esencial á este cuerpo científico, pronunciando, su recto juicio sobre las que en el campo de la historia se alimentan, y á sus impulsos renacen edades pasadas, que á nuestra vista aparecen, con más acertado criterio construidas.

Hacer la historia es una de las importantes misiones de este siglo, y á este fin, consagrando la fecundidad que le ofrece la independencia y libertad del pensamiento, abarca con el infatigable escarpelo de la investigacion, todas las edades, y á su voz, los tiempos prehistóricos se ofrecen á nuestra contemplacion, la vida del mundo se dilata á remotísimas épocas, y sobre la historia propiamente dicha, brillan nuevos torrentes de luz. Las sombras proyectadas por suspicaz ignorancia, ó por embaucadora supersticion se disipan, y al fin arráncase el disfraz que encubre la verdad histórica.

La moderna crítica reviste de nuevos encantos la historia, y despierta interés vivísimo por su estudio; por éste alentado, he escogido hoy un asunto histórico para recrear vuestra atención y que fuera digno de ella, buscándolo en la historia de un pueblo que tiene los honores de la epopeya. Las empresas acometidas por los aragoneses, el carácter y la grandeza de sus personajes son verdaderamente épicos. Consagrando yo algunos momentos de vagar á la lectura de sus anales que escribió el cronista Gerónimo de Zurita, lectura siempre tan grata, y á la que predilección señalada se vé forzado á otorgar, todo el que por amante se tenga de nuestra historia, fijéme en su libro cuarto que lleva por epígrafe «El gran Rey D. Pedro».—La atención del lector despiértase con título tan pomposo, que acusa cuando menos, á ser merecido, la ejecución de altos y relevantes hechos, de aquellos que consigo traen imperecedera memoria, y que dan figura viviente en la historia al personaje que los realiza. La mía fué cautivada por dos hechos culminantes de este reinado, que me decidieron á estudiarlos con alguna detención, y con la confrontación de todos los materiales históricos que he podido consultar, presentároslo en esta ligera disertación, que aspira solo, á ofrecer os agradable entretenimiento.

El Rey D. Pedro tercero de Aragon, llamado el Grande; fué una de esas personalidades de la época caballerescas, que á un valor por estremado, temerario, reunian el sentimiento del honor y de la independencia individual, en indomable altivez traducido, que á extraordinarias empresas llevaba, y en su logro jugábase siempre la vida. Ejemplos de esta fiereza individual, y de personal valor al culto del honor consagrado, nos ofrece abundantísima copia nuestra historia; dado que, en la esfera del sentimiento y á lo sublime encaminado, no ha habido raza alguna, ni pueblo como el Español, que haya presentado número mayor de arriesgadas empresas ejecutadas, de más apasionado delirio

por el culto del amor y del honor, cuando en estos se condensaba todo el ideal del sentimiento, como finalmente, en mayor número de obras de arte por el altísimo sentimiento de lo bello inspiradas.

Los hechos que aquella personalidad retratan y su carácter nos pinta, fueron, su desafío con el Rey Cários de Sicilia, y su excomunion por el Papa Martin IV; á estos, nuestro estudio se dedica, prescindiendo de la completa y detallada historia de su reinado. Ella es interesantísima sin embargo, cuanto gloriosa además, en su triunfante lucha con los moros, guerra por necesaria, identificada con la vida de su reino, y cuya continuada existencia forma la historia de esta época, en la consolidación interna de la monarquía española. Pero, la vida del Gran Rey D. Pedro no se contiene en los limitados horizontes de su reino, ni á triunfar exclusivamente de los moros se consagra. A estos, con facilidad los domina, y no osan levantar sus banderas, ni mover guerra, contra quien tan acreditado valor tiene. Empresas más atrevidas su atención llaman, donde lucir el temple de su alma, la fiereza de su valor, y el tesón, la constancia y la firmeza de su indomable voluntad. Estas prendas personales por hechos comprobados, contemplaremos desarrollarse á nuestra vista. Su altiva independencia desde los primeros momentos se manifiesta.

Quiere ser coronado solemnemente como Rey, y ni aun este título lleva, muerto su Padre, esperando que su consagración se verifique. Y cuando rodeado de los caballeros, de los ricos hombres y procuradores de las ciudades y villas fué coronado y ungido Rey en Zaragoza, dice Zurita «que para no perjudicar á sí y á sus sucesores en reconocer tácitamente el tributo y censo que el Rey D. Pedro su abuelo concedió á la Iglesia en tiempo de su coronación, ni reconocer ser vasallo de ella, protestó ante algunas personas principales que no recibía la corona de

»mano del arzobispo er nombre de la Iglesia romana, ni por
»ella ni contra ella.»

Esta protesta no tuvo eco en Roma por el momento, ni ocupaba entónces el pontificado, uno de aquellos papas que con arrogante soberbia, se declaraban mantenedores del estraño derecho de gente, que el dominio absoluto del universo les otorgaba, y por delegacion tan solo, los reyes en lo temporal ejercian. Era por entónces Papa, Juan XXI, y segun dice la historia Pontifical del abad de San Frontes publicada en 1613, aquél fué amante de los estudios de medicina y á la astrología aficionado, habiendo sufrido el terrible desengaño por cierto, de morir prontamente contra lo que el mismo sobre la larga duracion de su vida se tenia vaticinado.

Desde entónces se presagiaba la individualidad altiva del carácter del rey, en no haber querido reconocer vasallage alguno en favor de la Iglesia romana, consignando con su protesta, que aquella corona la recibia por propio derecho, y que su reino en ningun caso debía considerarse como feudatario de la Iglesia, aun en aquella época del mas alto predominio del Papado, que como vasallos consideraba á los Reyes, y como feudatarios sus estados. Esta conciencia de su independiente poder acreditó más tarde, cuando en la prosecucion de sus atrevidas empresas, indiferente se muestra ante los rayos fulminados por el Pontífice, y ni un momento le desviaron de su propósito, y de alcanzar el logro de ellos, el temido poder del Papa que muchos y grandes obstáculos le presentaba, al par que sobre él descargaba el peso de sus más terribles censuras.

Solicitado fué el Rey de Aragon para la conquista de Sicilia, dominada esta por los franceses, y como Rey Cárlos de Aujou, que estaba mezclado en todas las intrigas que desgarraban la Italia en intestinas luchas, por banderías con gran encarnizamiento mantenidas, y en que no buscaban el triunfo de ideas ni principios, sino el predominio material por la fuerza obtenido,

que era la base del poder en la edad media. Grandes sacrificios por mezquinos propósitos, muestras arrogantes de valor personal, sangre vertida con profusion lujosa, toda clase de intrigas en juego puestas, y como auxiliares para el éxito, los crímenes mas horribles, constituian el fondo de aquellas sangrientas luchas, por el triunfo ó predonderancia de determinadas familias empenadas, y en cuyo revuelto oleaje entraban, lo mismo los grandes Señores, que los Reyes y los Papas.

Las censuras eclesiásticas se mezclaban con las armas de guerra y con el puñal de los asesinos. Los premios espirituales, galardón de las buenas obras, igualmente se ofrecian á la milagrera virtud, que las leyes de la naturaleza á su antojo pretendía trastornar, que al crimen convertido en providencial castigo, y cual obra divina recompensado.

Así se explica, por esa falta de unidad de miras y de un noble y levantado propósito, la conducta tan contradictoria de los Romanos Pontífices. Así aparece, el papa Nicolás III, unido al Rey D. Pedro y al emperador Miguel Paleólogo para derrocar á Carlos, y más tarde á su muerte, ocupar el sόlio pontifical un decidido partidario suyo y encarnizado enemigo de D. Pedro.

Tres años duran los tratos, segun afirma Zurita, en los cuales, con tanto sigilo se procedia, que nunca se tuvo conocimiento cierto de la empresa del Rey de Aragon hasta su ejecucion. Por una parte los derechos de su esposa la Reina Constanza, hija de Manfredo, por otra la proteccion decidida del papa Nicolás III, con la ayuda del emperador Griego, y finalmente, la oferta de los naturales llevada á los pies del trono de Aragon, por Juan de Proxita, fueran bastante motivo para decidir al Rey á acometer aquella empresa. Mas, no quiso sin embargo proceder como inesperto aventurero, que arriesga intereses á su custodia encomendados por un dudoso éxito, y así esplicase, aquellas largas negociaciones en que los ánimos se exploraban, y to-

dos los elementos de seguro triunfo se aquilataban y median. Un acontecimiento vino á probar el temple de su alma, y á demostrar la entereza de su carácter, y la firmeza y constancia de sus propósitos; su narracion queremos dejarla íntegra al mismo Zurita que dice así:

«Sucedió en el mayor hervor y priesa de tan grande negocio la muerte del Papa Nicolás, lo que á otro Príncipe que no fuera de tanta constancia y firmeza como el Rey de Aragon, bastara á turbar y estorvar la empresa y que desistiera de hecho tan árduo y peligroso.» Toda la intriga de que era capaz; desplegó en estos momentos el Rey Cárlos, para asegurarse la eleccion de un Papa enteramente adicto, y lo ocurrido en Viterbo durante seis meses que tardó la eleccion, los cardenales que fueron escluidos, y á prision reducidos, á la familia de los Ursinos pertenecientes, son testimonio de sus manejos, que el mejor triunfo coronara, resultando electo Martino IV, pontífice de su entera devocion. Antes de pasar adelante, nos importa conocer el carácter de éste, que ha de figurar como principal personage de nuestra narracion. En la historia Pontifical ya citada, no se mencionan cuales fueran sus prendas personales, limitándose á señalar su virtud, y que gobernó santamente la Iglesia; Zurita le concede gran ánimo y corazon, pero de la narracion histórica de su vida y de la manera con que tomó parte en aquellos acontecimientos, despréndese que, no estaba adornado de aquellas altas dotes que señalan á los grandes personajes históricos, ni fué por tanto, uno de esos Pontífices celebrados por actos relevantes de mérito personal; aparece por el contrario, que sus miras no se elevaban con esa grandiosidad que abarcar sabe todo un período histórico, sino que reducidas al estrecho círculo del partidario, consagróse á defender la causa de aquel por cuya influencia había alcanzado su poder, y sin consultar mas elevados fines, á su servicio puso las armas ecle-

siásticas. Esta línea de conducta, premeditadamente adversa contra el Rey de Aragon, dióla á conocer, sin esperar que ningun acto por parte del monarca la justificase. Así, aprovechó para manifestar su encono, la primera embajada que por el monarca se le dirijiera en exploracion de su ánimo y del favor que de él pudiera esperar; en la que, segun refiere Zurita, el rey le suplicaba que fuese canonizado fray Ramon de Peñafort, sobre cuyos méritos estaba abierta informacion por su antecesor. A esta embajada que desempeñaba Ugo de Mataplana, contestó el Papa desentendiéndose de lo pretendido, y acusando al rey de no haber cumplido los compromisos contraidos por su abuelo, que como feudatario y vasallo de la Iglesia se habia obligado á pagarle tributo, y que en tanto no cumpliese estas obligaciones, de él no esperase gracia alguna. El éxito de esta embajada explica Zurita con las siguientes palabras. «Y así conoció bien el Rey, »que no solamente no le seria propicio y favorable en el negocio »que pensaba emprender, pero muy duro y terrible adversario.»

No era esta amenaza bastante para influir en el ánimo esforzado del Rey, ni causó para desviarle de su propósito, como tampoco, verse privado de los recursos que anteriores pontífices le habian concedido, para soportar los grandes gastos de la guerra contra los moros, y no abatió su entereza, ver embargada la décima de los beneficios eclesiásticos de su reino, en los momentos que acababa de conseguir en Montesa tan señalado triunfo, ni menos las dificultades y embarazos que el nuevo pontífice oponia á sus empresas. La firmeza de su pensamiento y la enérgica constancia para alcanzarlo empleada, superando todo obstáculo, la expresa Zurita con estas palabras. «Y sin descuidar un »punto de lo que en su corazon habia deliverado, mandó ar- »mar por los lugares de Cataluña y Valencia muchas naos y »navios de remos y hacer aparejos de muy grande y poderosa »armada.»

Una de las cualidades que el rey mostrara en sus empresas, era la más rigurosa reserva que, en espectacion temerosa colocaba á sus enemigos, no sabiendo contra quien debian dirigirse sus preparativos guerreros. Diversas embajadas fuéronle enviadas con el propósito de averiguar sus designios y sin lograr descubrirlos; su propio hermano el Rey de Mallorca le suplicó se los descubriese, ofreciéndole su ayuda, á lo que contestó, que solo necesitaba la de sus vasallos y súbditos. El Rey de Francia Felipe tercero el atrevido, sobrino del Rey Cárlos de Sicilia, le envió su embajada, inquiriendo si su intencion era dirigir su armada contra infieles, en cuyo caso, le deseaba victoria, desplaciéndole por el contrario, si tenia intencion de dirigirla contra el Rey de Sicilia, ó el príncipe de Salerno, en cuyo caso, estimaba equivaldria á serlo contra su propia persona y estado; á lo que respondió el Rey «que su voluntad y propósito siempre habia sido y era trabajar, que lo que él habia emprendido hubiese efecto, segun nuestro Señor lo encaminase á su servicio».

Sus mismos capitanes, los ricos hombres y caballeros que con él habian de ir, igualmente le inquirieron sobre sus designios; y refiérese que el conde de Pallas, Arnao de Roger, en nombre de ellos le suplicó que les descubriese donde era su voluntad hacer la guerra, porque siendo conocida la empresa, daria más ánimo á la gente que le siguiese y más facilidad para enviarle socorro y provision de lo necesario. Y así tan estrechado, ponen los cronistas en sus labios esta contestacion, *que si él entendiese que su mano izquierda quisiese saber lo que la derecha habia de hacer él mismo la cortaria*. Gran fiereza de ánimo, perseverancia y teson, acredita esta conducta, al par que, una conciencia firme y entera sobre el éxito, en cuya prosecucion, ni un momento vacila, aunque poderosos enemigos se le opongan y formidables obstáculos le asalten.

La reserva de sus intenciones no solo tiene lugar antes de la empresa, sino en la ejecucion misma, y por esto al poner en movimiento su armada, le dá direccion distinta que á sus enemigos desorienta; esplicase así, su paso á berbería, y la embajada que al Papa dirige, impetrando las gracias que la Iglesia otorga á los que empuñan las armas contra los enemigos de la fé, y por ensalzamiento de la religion. Suspicáz el Papa, no queria conceder crédito al propósito de la espedicion, segun el monarca se lo revelaba, y así, negando que fuera la voluntad del Rey hacer la guerra á los infieles, y que su oculto plan era ir en contra del Rey Cárlos, no le concedió gracia alguna, despidiendo con desabrimiento su embajada.

Refiérese que, la armada se componia toda de gentes del reino, catalanes, valencianos y aragoneses, sin haber aceptado el concurso de provençales, genoveses y pisanos, queriendo sin duda demostrar el Rey, que para aquellas empresas bastábanle sus propios recursos, sin auxilio de los extrangeros. Formaban el principal número de las gentes de desembarco, los almogavares, soldados, cuya descripción hace Zurita en estos términos. «Siempre se ejercitaban en la guerra y aunque en una ley de «Partidas, se dice que habia almogávares de caballo, lo ordinario era ser gente de pie, y segun Aclot escribe no vivian sino «en hechos de armas ni moraban en las ciudades y pueblos grandes sino por las montañas y bosques, haciendo continua guerra «á los moros y entrando por sus tierras adentro en ordinaria «carrera, y robando y cautivando los moros: y esto decian ir «en almogaveria: y su vida era de aquella ganancia y las armas «ordinarias lanza y dardo, ó ascona, que casi era lo mismo que «dardo. Estaban usados á sufrir grandes trabajos y miserias: y «lo que otras gentes no podian tolerar, les era como regalo y «pasatiempo: porque solian pasar dos y tres dias si necesario era, «sin comer sino yerba del campo. Su traje segun Montaner es-

»cribe era ir muy desarrapados y con antiparras en las piernas,
»que Aclot llama calzas de cuero, y con abarcas en los pies, y
»con sombreros de redes, que tambien por Aclot se entiende
»que eran sombreros de cuero muy trepados. Por este hábito
»tan extraño y salvaje y porque iban muy negros y magros y
»mal peinados, causában grande admiracion á los extrangeros
»que no creian que gente tan desnuda y tan mal tratada pudiesen
»ser buenos guerreros. Los adalides eran gente de caballo
»que guiaban la gente de guerra en lo que consistia su principal
»oficio, y eran muy prácticos en reconocer las tierras de los
»enemigos, y sus pasos y entradas, y escogian para esto la
»gente más ligera para huir y alcanzar. Su trage se diferenciaba
»poco de los almogávares, iban en calzas y jubon, y las calzas
»eran de cuero y con abarcas en los pies y un esquero en la
»cinta, y llevaban su zurrón de cuero y espada y lanza y dos
»dardos.»

Por curiosa hemos insertado esta relacion de aquellas tropas, que formaban el núcleo del ejército tan entónces temido, y cuya proverbial sobriedad y gran sufrimiento de toda penalidad, generalmente fué reconocida. Con estas tropas, acompañaban además al Rey, lo más distinguido de los caballeros aragoneses y catalanes, y como almirante general, su propio hijo D. Jaime Perez, señor de Segorbe.

Este ejército se ordenaba en compañías, al frente los ricos hombres, cierto número de caballos y los almogávares que le correspondian, distribucion que permitia dar acertada direccion en los combates. Continuando como decíamos, la gran reserva que sobre su derrotero habíase propuesto el Rey, partió la armada dirigiéndose á Mahon, habiendo distribuido á los patrones de los navíos y galeras, cédulas cerradas con el sello del Rey, que no debian abrirse hasta llegar á aquel puerto, y despues cumplir lo que en ellas se ordenaba, sobre el derrotero

que habia de seguir la armada. A nuestro propósito no cumple en este momento, reseñar su expedicion á Africa, y todos los actos de valor de este ejército, y personal del Rey, en tres meses que duraron en ella sus correrias siempre triunfantes, y premiadas con abundantes despojos de guerra. Tampoco, nos proponemos reseñar el movimiento habido en Sicilia, el levantamiento del pueblo en Palermo, la matanza de los franceses, y toda aquella sangrienta rebelion en la historia conocida por las vísperas Sicilianas.

En Africa se encontraba el Rey, cuando recibió la embajada de los Sicilianos representada por Juan de Proxita y Guillermo de Mesina, impetrando su amparo, como á príncipe valeroso, á quien de derecho correspondia además, la sucesion de aquel reino, como representante de la casa de Normandía por su muger, hija del Rey Manfredo. Segun las palabras de los embajadores, habia estado aquél en servidumbre y debajo de inícuo y duro señorío, habiéndose descubierto el camino de salir dél, y el nombre de la libertad, estando en grave peligro de tornar á ser sojuzgada del yugo y violencia del tirano. Diversos y encontrados fueron los pareceres de los ricos hombres y caballeros, con quienes el Rey consultó antes de contestar á aquella embajada. Los de contraria opinion alegaron las razones que vamos á oir al mismo Zurita. «Que si él tomase aquella empresa contra el Rey Cárlos, puesto que jurídicamente le perteneciese, sin ninguna duda, el Papa y la Iglesia que le habia dado la investidura del reino, le irian á la mano y procederian contra él, con la severidad y rigor de entrambos cuchillos: y con el poder espiritual y temporal; y si por ventura se quisiese llevar el negocio por razon de derecho divino y humano y estar á la determinacion de las leyes y decretos, se debia considerar que grave negocio es y perjudicial, querer litigar delante de Juez sospechoso.» Discurriendo además, sobre las fuerzas con

que contaba el Rey Cárlos, se esforzaron en demostrar la desigualdad de uno y otro ejército, tanto en caballos como en peones; pues, á los dos mil de aquellos, podrian oponer los Franceses quince mil bien ataviados, y á los almogávares, cincuenta mil infantes, puestos en campo y en ordenanza de guerra; bien distintas, de las escaramuzas contra los alárabes, á que su ejército estaba acostumbrado.

Todas estas observaciones demostraban, y de manifiesto ponian, la gravedad y el inmenso riesgo de la empresa, los enemigos poderosos con quien se iba á luchar, el Papa que haria uso de sus armas espirituales, entónces tan temidas, y de terribles efectos, para contra ellas mantener el gobierno de un reino, y el Rey Cárlos que llevaba consigo el auxilio de la Francia. Tan graves peligros, habrian sido motivo á desistir de la empresa, á otro que no hubiese tenido el temple de alma, y la grandeza de ánimo y esforzado espíritu, que el Rey de Aragon. Pero, éste sobreponiéndose á todos los temores, y contando vencerlos por su denodado esfuerzo; seguro de tener por adversario al Papa de quien esperaba respuesta á su embajada, obteniéndola negativa, pues, ni de palabra, ni por escrito, queria otorgarle las gracias que le habia pedido para continuar la guerra contra infieles; contestó á los embajadores en los términos que á continuacion copiamos. «Que era muy contento de ir á Sicilia, por el derecho que á la reyna su muger y á sus hijos pertenecia: »y ampararlos de sus enemigos: porque confiaba que castigaria »Dios la soberbia y orgullo de los que no reconociendo los beneficios que de su mano recibian, usaban tiránicamente de los »buenos sucesos y victorias, y ejecutaban en los vencidos con »inhumanidad su fiereza tan cruelmente. Que los que estaban »allí en su servicio, eran tales y tan buenos caballeros, y la gente de sus reynos tan diestra, y tambien ejercitada en la guerra, »que non dudaria con ellos por su persona y con la ayuda de

«los Sicilianos, oponerse contra todo el poder de Cárlos, cuanto quiere grande que fuese, en defensa de aquel reyno, prosiguiendo tan honesta y justa querella.»

Decidida á este tenor la ejecucion de su propósito, púsola inmediatamente por obra, haciendo á la vela su armada. Su llegada feliz y el gozoso recibimiento que tuvo en Palermo, proclamándole Rey, no es del momento detallar. Sobre Mesina estaba el ejército del Rey Cárlos que en oprimido cerco la estrechaba, pero la resistencia prolongada de los sitiados, y el temor de que en socorro viniese el ejército de Aragon, á quien ya habia precedido embajada, para intimarle dejase libre y desembarazada la tierra, le hicieron levantar el cerco y retirarse á la Calabria. Dueño quedó de toda Sicilia el Rey D. Pedro, y derrotadas las fuerzas marítimas de los Franceses, cuyos despojos de banderas y estandartes, y toda la presa trajeron victoriosos los Catalanes á Mesina.

En estos momentos, el Rey Carlos ideó emplear contra su enemigo, un ardid por el cual, le espusiese á la pérdida de cuanto habia ganado; ardid y trecha, dice Zurita, de príncipe muy sábio y prudente, cual era por todos tenido. Fué este, el desafio que dirigió á nuestro D. Pedro, no inspirado en un sentimiento de caballeridad, entónces en boga, sino como arma y sutileza encaminada, á inutilizarle ante el concepto de los Sicilianos, distraerle de la continuacion de su empresa, y en riesgo de una batalla particular, poner el éxito de la misma.

Conocido era de Cárlos, el gran corazon y ánimo de su enemigo y la virilidad de su edad; juzgando por esto, que seria cosa fácil distraerlo de aquella guerra con ocasion de riepto á singular batalla, la cual aventuraria siempre por salvar su fé. A llevar á efecto su designio, envió un religioso para disimular más su artificio, que en hábito de fraile llegó á Mesina ante D. Pedro y ricos hombres y caballeros que con él estaban, y

en nombre del Rey Cárlos y con palabras descorteses, dijo. *Que habia entrado el Rey de Aragon en Sicilia no por la puerta sino malamente como ladron, y que estaba aparejado de convencelle en batalla, que le habia tomado su tierra á hurto, y la usurpaba violentamente haciéndose cabeza de los que le eran traidores y reveldes.* Tan estraña embajada, no irritó el ánimo de D. Pedro, que con el valor, su prudencia igualaba; y queriendo cerciorarse de la verdadera intencion de su adversario, y de la fidelidad de aquel emisario, que ni aun letra de creencia traia, le despidió sin respuesta, enviando cerca del Rey Cárlos, al vizconde de Castelnou y á D. Pedro de Queralt, para que dél supiesen, si aquel desafio habia sido presentado por su órden, y encomendóles, que en tal caso, volviesen por su honor, como ellos se satisfarian, de cualquier caballero que los reptase de haber faltado á su fé y lealtad.

A estos embajadores confirmó el Rey Cárlos, que en su nombre habia obrado el mensajero que enviara, y les volvió á repetir, que D. Pedro habia entrado en el reyno de Sicilia malamente y como no debia. Entónces, el vizconde dijo, *que él y cualquiera que dijese aquello mentía, y lo defendería el Rey su Señor por su persona á la suya, y le daría ventajas de armas cual él lo pidiese, y si lo quisiese mejor combatirían con el diez á diez, cincuenta á cincuenta ó ciento á ciento.* Cárlos respondió, que enviaría sus «embajadores para recibir juramento del Rey, que no rehusaría «aquella oferta, y que luego les daría su gaje, y haria aquel mismo juramento; y que dentro de un día escogeria uno de aquellos partidos que le ofrecian. Y despues se concordaria entre ambos, ante qué príncipe se daria el campo y el término de la «batalla.

Así lo refiere Zurita, citando en su apoyo á Ramon Montaner, agregando que, «despues que se dieron gajes de una parte y otra, el Rey Cárlos eligió que la batalla fuese del uno al

«otro con cien caballeros de cada parte, y así se aceptó, y quedó
«concordado que los Reyes nombrasen personas que tratasen del
«lugar y tiempo donde con toda seguridad se hiciese.» Esta es
la relacion de tan singular desafío, relevante muestra del espíritu
caballeresco, que á la personalidad individual, el éxito encomen-
daba de grandes hazañas; de aquel espíritu, alimentado por el
altísimo sentimiento del honor, con la vida equiparado; de aque-
lla arrogancia y altivez, en el valor personal fundada, que dá tan
especial tinte á aquellos hechos, acompañados de detalles que la
imaginacion gratamente recrean, y cuyo trasunto exagerado, ma-
terial fué, para aquella literatura caballeresca por novela juzgada
en nuestros dias. Nada entretiene y embelesa el espíritu con
más grato sabor, que la fiel representacion de aquellos espectá-
culos guerreros, que con tanta verdad, retratan aquellos tiempos.
En este desafío al decir de sus cronistas, distintos fueron los mó-
viles de los adversarios; taimada la intencion de Cárlos, franca,
leal y caballerosa la de D. Pedro, hasta la temeridad llevada, como
habrá de confirmar la narracion de los siguientes sucesos.

Un desafío de tal importancia, debia concertarse con las so-
lemnidades y todo el caballeresco aparato de la época, emisarios
de una y otra parte, debian concordar todas las condiciones; y
así lo verificaron, doce caballeros por mitad nombrados por ám-
bos monarcas contendientes, conviniendo segun el expresado
Cronista refiere, en que la batalla se hiciese en Gascuña y en el
territorio de la villa de Burdeos, jurisdiccion y señorío del Rey
de Inglaterra, á la sazón, Eduardo primero, y que fuese en lugar
cerrado y empalizado, cual se requería para combatir tales prin-
cipes. El término fijado fué el primero de Junio de aquel año, ó
sean, seis meses despues de este concierto, que tenia lugar á
principios de 1283; y sus condiciones que á continuacion copia-
mos, eran. «Que á la batalla no hubiese gente de guerra del Rey
»de Inglaterra, sino en caso de que él en persona asistiese á ella

»y que fuesen los Reyes obligados de esperarle ó su respuesta
»hasta treinta días despues de aquel plazo: y que jurasen de pro-
»curar con todas sus fuerzas y poder, que se hallasen presentes á
»la batalla para el día estatuido, y recibiesen los gajes: y que al
»tiempo que en Gascuña estuviesen y más ocho dias despues de
»todos los plazos cumplidos, hubiese tregua para ir y salir cada
»uno para donde quisiese. Y el que faltare de no se hallar en la
»batalla en aquel lugar y tiempo, no habiendo legitimo manifies-
»to y probado impedimento de la persona, todo el tiempo de su
»vida fuese tenido y reputado por hombre vencido, perjuro, falso,
»infiel y traidor, y no pudiese usar de allí adelante de título de
»Rey y fuese privado y despojado de toda preeminencia y supe-
»rioridad real y de otra cualquiera honra é insignia y fuese habido
»por infame y alevoso. Todo esto lo ratificaron y juraron los Re-
»yes de guardar y cumplir y por que mas inviolablemente se efec-
»tuase, cada uno de ellos nombró cuarenta caballeros que en su
»nombre lo prometiesen y jurasen, y cuando no fuese cumplido
»y guardado se saliesen de su córte y servicio, y perpétuamente
»le desamparasen y no diesen favor y ayuda como á hombre fe-
»mentido é infame, y para esto les fuese alzado cualquiera jura-
»mento de fidelidad y homenaje que hubiesen prestado.»

Las condiciones apuntadas, fueron sacadas, según afirma Zurita, de instrumentos originales. De notar son, las especiales trabas y repetidas garantías, que se estipulaban por ambas partes en los casos de rieptos, que prueban, que en aquellos tan caballerosos tiempos, y que valor tan grande prestaba la palabra con el juramento unida, también se mezclaba la mala fé y la deslealtad. Testimonio de ello nos ofrece el mismo desafío que analizamos, tan estrictamente cumplido en todas sus partes por nuestro héroe como dice Zurita, que «aventuró más su persona
»por salvar su fe y honor, de lo que era obligado como bueno
»y leal caballero.» En cambio, faltó á todas sus promesas y ju-

ramentos su adversario, para quien desde el primer momento aquel duelo fué solo ardid para alejar á D. Pedro de Sicilia, y en su ausencia con el auxilio del Papa recuperarla.

Pasando por alto todos los acontecimientos que tuvieron lugar en la prosecucion de aquella conquista, en que siempre fué próspera la fortuna de las armas de Aragon, y atendiendo á la relacion del suceso que nos ocupa, acompañaremos al Rey, que el once de Mayo se hizo á la vela de vuelta á España, para asistir como puntual caballero el dia de la batalla al lugar y campo señalado. Gran zozobra, cuidado y recelo le inquietaba, temeroso de que las contrariedades de la mar, entónces tan difíciles de combatir, teniendo que hacer á vela y remo su jornada, le impidiesen llegar á tiempo, estando tan próximo el plazo señalado. En la referencia que de este viage consigna la crónica, muéstrase su impaciencia cuando el tiempo contrario le impedía adelantar cuanto era su deseo, y, poniéndose á grande aventura, significándole á su almirante, en contestacion á las observaciones que sobre el peligro que corrian le hiciera, que por cuanto en poder humano estoviese, no faltaria que él se hallase el dia de la batalla en Burdeos. El tiempo vario, y las consiguientes adversidades de la travesía, unas veces lanzado á la costa de Berbería, y otras á orza navegando, pruébase con no haber dado término á su viaje hasta el 17 de Mayo y zarpado en Valencia en vez de Barcelona donde su hijo D. Alfonso le esperaba. Refiérese tambien, en testimonio de su ansiedad, que durante tres dias no consintió comer nada; tal importancia tenia para él su juramento y palabra empeñada, que no queria faltar á ella aun cuando hubieran de disculparle la adversidad de los elementos.

Desde Valencia dió orden, para que todos los caballeros designados para entrar en combate, se fuesen á Gascuña, y envió por delante á D. Gilabert de Cruyllas, para que supiese si se

le daría el seguro; y como dice Zurita, «sin esperarle por lo que »tocaba á su honor determinó de no faltar al plazo y aventurar »su persona á cualquier peligro porque á todo el mundo fuese »notorio, que no faltaba de lo que cualquier príncipe y buen »caballero era obligado en semejante caso.»

Agrega el cronista, que fueron muchos los caballeros Españoles, Italianos del bando Gibelino, y Tudescos, que se ofrecieron de poner sus personas, y hasta un hijo del Rey de Marruecos, que era el más señalado en fuerza y valentia, que habia en la morisma. Hechos de esta naturaleza eran en aquellos tiempos, el gran palenque donde se congregaban los caballeros de diferentes puntos, aventurando en tan azarosos lances, con la vida, la reputacion de valientes, y las altas prendas de immaculado honor. Timbre glorioso, de necesidad tanta, que formaba para el caballero una segunda existencia.

El Rey partió de Valencia, acompañado solamente por tres caballeros, y mudando caballos apresuró su camino, llegando en tres jornadas á Tarazona, y de allí continuó, sirviéndole de guia un mercader, que se ejercitaba en pasar caballos de Castilla á Francia, y conocia bien todos los caminos. Así anduvieron á grandes ornadas, y llegaron á la vega de Burdeos, el primero de Junio á medio dia, que era el del plazo. No quiso el Rey por de pronto darse á conocer, y envió á D. Bernardo de Peratallada, para que dijese al Senescal, que era allí la autoridad puesta por el Rey de Inglaterra, que un caballero era ido de parte del Rey de Aragon para hablarle y se queria ver con él fuera de Burdeos. Entónces, acudió el Senescal y varios caballeros, y el Rey desviándose con él á una parte, le preguntó: «Si aseguraria al »Rey de Aragon y á los caballeros que habian de entrar con él »en la batallá, por que estaba presto de hacer su deber y no »faltar á su fé y palabra.» El Senescal le respondió que ya tenia avisado á los embajadores del Rey de Aragon que no fue-

se, porque el Rey Cárlos estaba en Burdeos con gran número de gentes de armas, y que el de Inglaterra no podía ni quería asegurar el campo, y que si el Rey de Aragon iba pondría su persona en gran aventura y peligro. Entónces, D. Pedro sin descubrirse le dijo, que quería ver el lugar señalado para la batalla y entró con ellos en el palenque y anduvo por él arremetiendo el caballo de una á otra parte, volvióse despues con el Senescal fuera de Burdeos, descubriéndose entónces y manifestándole, que estaba aparejado con los suyos para la batalla si el Rey de Inglaterra le asegurase el campo, ó él en su nombre. El Senescal se maravilló de esta empresa y le requirió que se fuese porque sus enemigos por todas vías estaban procurando su muerte, y ante un escribano hizo el Rey de Aragon que se testificaran los instrumentos públicos del requerimiento y la respuesta y además le dió al Senescal en señal de haberse hallado en el lugar de la batalla, el dia que era obligado, su yelmo, escudo, lanza y espada, con que habia de pelear.

Hasta aquí, la relacion del suceso segun Zurita. Hazaña fué esta á no dudarlo, de elevadísimo espíritu caballeresco, de fiereza y valor personal extremado, y sobre todo, de una lealtad al juramento y la palabra empeñada, que atestiguan la grandeza de ánimo de quien ostentaba entónces prendas tales, que eran las más estimadas. La aviesa intencion del Rey Cárlos al promover el desafío, confirmada queda por la anterior narracion, que descubre la celada en que pretendia coger á su adversario, y de que le salvó la lealtad del Senescal Inglés que le descubrió aquel peligro. De la alta caballería de nuestro héroe, quiso aquél hacer prenda para el triunfo de sus intenciones torcidas, empleando la astucia y el engaño, contra quien tan franco y leal se mostraba. En su disculpa acaso pudiera alegar, la intervencion del Papa que aquel duelo prohibiera, impidiendo tambien que el Rey Eduárdo de Inglaterra les diese el seguro que tenían

concertado. No cabe, ni en esto disculpa, puesto que Carlos de acuerdo con el Papa marchaba en todos estos asuntos.

Todavía hay autores, que en duda ponen la asistencia del Rey de Aragon al campo de Burdeos; para nosotros, basta la narracion de los sucesos de su reinado, que de manifiesto descubren sus prendas personales para desechar toda duda; á más de que, la narracion de Zurita el mejor analista de Aragon, por verídico siempre tenido, la aleja desde luego. Solo la ligereza con que se escribe á veces la historia, podria hacer decir á César Cantú, que Carlos acudió á la cita, y que Pedro halló pretesto para no esponer á una estocada un hermoso Reino. En contra de ésto, puede aducirse además de lo espuesto, el testimonio de Bernardo Desclot, cuya autoridad es tenida en mucho por Zurita. En su Historia de Cataluña edicion de Barcelona de 1616 que hemos consultado, se encuentran curiosos detalles sobre este suceso que son dignos de ser apuntados. Hablando de la marcha del Rey con dos caballeros y un mercader que le servia de guia dice *«Subieron cada uno en los mejores caballos que tenían, armóse el Rey de un jaco muy fino debajo la ropilla, y cubierto un manto azul no muy bueno, su capiron en la cabeza, bajo dél un casco, botas calzadas y en la mano una azcona de monte: los caballeros aunque mozos y de buen talante, iban descalzos y vestidos pobremente, á guiza de mozos de caballos; el mercader bien vestido á modo de hombre caudaloso y rico. Llegaron de esta suerte á la entrada de las huertas de Burdeos al último de Mayo á hora de nona y el Rey embió á Bernardo Peratallada á hablar con D. Gilabert de Cruyllas.»* Cumplida su comision de avisar al Senescal de Burdeos por el Rey de Inglaterra que allí le esperaba una embajada del Rey de Aragon, continua la narracion que copiamos, en estos términos. *«Llegados el Senescal con cuatro caballeros Franceses y un escribano á donde el Rey y el mercader estaban á caballo: el Senes-*

«al preguntó cual de los dos era el embajador, Gilabert señaló
«al que llevaba la azcona de monte; llegóse el Senescal á salu-
«darle y el Rey de Aragon le apartó y le dijo estas palabras.
«Senescal el Rey de Aragon me envia á preguntaros si podeis
«asegurarle el campo de la Ciudad de Burdeos porque está á
«punto con sus cien caballeros para hacer la batalla aplazada
«con el Rey Cárlos sin faltar á ella el dia señalado. El Se-
«nescal respondió que ya habia avisado á D. Gilabert para que
«lo hiciese al Rey que no viniese porque el Rey Cárlos no pen-
«saba salir al desafio, ni habia venido á Burdeos con este pensa-
«miento, sino para cometer alguna traicion.»

«El Rey preguntó por el palenque si estaba hecho, el Senescal
«dijo que sí, pero el Rey Cárlos le habia trazado muy á su propó-
«sito, pues además de ser largo y angosto, en el un cabo cerca
«del muro de la ciudad, estaba arrimado á la posada del Rey Cár-
«los, y en él una puerta para entrar de ella al palenque, cosas
«contra las leyes del duelo. Caminaron hablando en esto hasta
«que llegaron cerca de la empalizada y estando el Rey cerca de
«ella arremetió con su caballo y entróse dentro, dando muchas
«vueltas á una y otra parte por buen rato y saliendo dó le aguar-
«daba el Senescal preguntóle si conocería de vista al Rey de Ara-
«gon: dijo el Senescal que sí por haber poco tiempo que le habia
«visto en Tolosa. Oído el Rey esto quitóse el capirote de la cabe-
«za y dijo: mira si me conoceis porque yo soy el Rey de Aragon,
«y si el Rey de Inglaterra ó vos me podeis asegurar el campo yo
«estoy á punto con los cien caballeros para salir al desafio.
«Cuando el Senescal conoció al Rey humillándose quiso besarle la
«mano, desviada por el Rey, díjole, Señor admirado y espantado
«estoy de vuestra venida de esta suerte puesto en tan evidente pe-
«ligro de su persona; suplicoos por amor de Dios os volvais, antes
«que no seáis ocasion de mofa y escarnio en vuestros enemigos;
«otra vez os pido que os vayais lo más presto que sea posible, que

yo nunca pensara tal prueba de vuestro corazón.

Segun los cronistas, la presencia del Rey de Aragon en Burdeos, fué certificada por Escribano, y esta afirmacion es robustecida por Desclot, insertando un testimonio como él llama de lo que en sustancia decia la escritura, sin mencionar de donde se sacara el expresado testimonio; cuyo texto digno de figurar en este lugar, dice así: *«Sepan todos como yo Sire Juan de Greli, Gobernador por el Rey de Inglaterra en la ciudad de Burdeos y su distrito, otorgo y hago fé á vos Sr. D. Pedro por la gracia de Dios Rey de Aragón que os presentaste en mi presencia delante la ciudad de Burdeos, diciendo que estabades allí con los cien caballeros, á punto para hacer la batalla con el Rey Cárlos y para cumplir y atender todas las cosas contenidas en el compromiso hecho y firmado por auto y Escritura pública de consentimiento de ambas partes. E yo el dicho Sire Juan de Greli os digo que no puedo aseguraros, ni dar campo igual, porque el Rey de Inglaterra me ha mandado entregar la ciudad de Burdeos y su tierra al Rey de Francia y al Rey Cárlos á toda su voluntad: y juntamente declaro y hago fé que habeis entrado en el palenque donde habia de ser la batalla en presencia mia y destes caballeros. Dada en el campo de Burdeos á primero de Junio.»* Y, continuando la narracion del suceso agrega, que el Senescal fué á dar razon al Rey de Francia de lo ocurrido, él cual, quedó pasmado, preguntando donde podia estar el de Aragon, y él contestó que llevaría ya andadas tres leguas segun la diligencia con que habia partido, y que no obstante, mandaron que salieran caballeros en su busca; pero se volvieron sin encontrarle.

El espíritu que domina en esta narracion, es el mismo que ha pasado á ser incontrovertible para todos los cronistas españoles; á saber, la lealtad y estremado valor de D. Pedro y la mala fé de su adversario que aspiraba á convertir en celada, el palenque del duelo, y que hiciera á nuestro héroe objeto de su

acechanza persiguiéndole cuando la casualidad le habia hecho escapar de peligro tan grave.

Confirmacion muy autorizada acerca de la narracion de este suceso, ofrece la crónica de S. Juan de la Peña, monumento antiquísimo del siglo XIV, al cual calificó Zurita, por la historia general mas antigua del Reyno de Aragón: de su primera impresion hecha en Zaragoza en 1876, tomamos las palabras que el Rey de Aragon dirigió al Senescal, apuntándolas con el mismo lenguaje y ortografía que aparecen en su pág. 177. «*Et dixo altament: Don Senescal yo soy el Rey Don Pedro de Aragon qui vengo á comparecer el día de la batalla delant vos ó delant aquell qui nos devia tener el campo seguro. De part del rey de Inglaterra vos podedes nos tener seguro. Et el dito Senescal respondió: Yo non vos puedo tener el campo seguro ni el rey de Inglaterra si presente fues. Et pues non y'es la part, mando vos de part del rey de Inglaterra que en continent me ixcades del campo.*» Et de aquesto el dito Rey requirió seer feita carta pública. Et depues de aquesto el dito Rey brotó su cavallo, assi como valient cavallero por el campo enderredor cridando altament: «*Is aqui el rey Cárlos ó home por él? yo so el Rey de Aragon aparellado de fer é cumplir todo lo que conviene al juicio de la batalla.*» Et aquestas paraylas et otras por ratificar su dreito dixo una e diversas vegadas requeriendo al notario que alli era, que de aquellas et del comparicimiento suyo et de la fadiga et contumacia del dito rey Cárlos, le devies fer carta ó cartas públicas á memoria perdurable.

No puede pedirse á los autores de primitivas crónicas, esas pruebas de autenticidad de los documentos que insertan, tan necesarias para justificar los sucesos; esta falta podría inducir á duda, sobre las palabras testuales del testimonio que hemos apuntado, imposible de comprobar, pero no pueden producir iguales dudas sobre los hechos; y así es, que, concebido ó nó el do-

cumento en los términos que nos refiere Desclot, todos los cronistas están conformes en la existencia de aquel testimonio por el Rey exigido, para acreditar su presencia, en cumplimiento de sus compromisos.

Así igualmente, lo refiere Gerónimo Blancas en su obra titulada. *Esplicacion Histórica de las inscripciones de los Retratos de los Reyes de Sobrarbe, Condes antiguos y Reyes de Aragon* que en edicion de Zaragoza de 1680 que hemos consultado, dice hablando del Rey D. Pedro. *Llamáronle el Grande por ser tan exelente caballero y gran capitán, siendo el príncipe de más generoso ánimo, bien afortunado, cuerdo, sábio, valeroso, secreto y estimado de todos los Reyes cristianos de su tiempo. Y como honrrado y valeroso caballero compareció en el campo del desafío al plazo señalado, paseándole, dejando prendas de su cumplimiento al Senescal de Burdeos, y tomando testimonio auténtico de todo, cuando el Rey Carlos su competidor que le desafió debiera como buen caballero estar el primero en el campo. Y el mismo autor en los Comentarios de las cosas de Aragon, dice: Porque desafiado á un combate desigual por su competidor Carlos, que pasaba por príncipe valeroso, no le esquivó cobarde; y acudiendo contra todas las esperanzas al sitio señalado y en el momento oportuno, no sin grave riesgo de la vida, consiguió un ruidoso triunfo de su ausente enemigo, que á fuer de provocador, debiera haber comparecido el primero en la palestra.* Pág. 160 edicion de Zaragoza de 1878.

Los testimonios aducidos confirman toda la fidelidad conque nuestro manarca cumplió hasta el fin aquel solemne compromiso. Los demás cronistas de Aragon en su mayor parte compendiadores, reproducen lo que acabamos de apuntar; dispensándonos de insertar aquí, por enojosas tan repetidas versiones. Nuestro estudio encaminaremos ahora, á la narracion del proceso que por el Papa se le hiciera, y su excomunion. Los antecedentes

apuntados ponen de manifiesto, las causas que habían hecho del Papa Martin cuarto, el enemigo mas poderoso del Rey de Aragon; y así, empleando las armas llamadas espirituales, formuló un riguroso proceso contra aquél, que terminó con la sentencia de excomunion, publicada solemnemente ante la Iglesia y en presencia de todo el pueblo y del colegio de Cardenales, declarando incluso en ella al Rey D. Pedro, á sus cómplices, satélites y ministros. En esta sentencia se fijaba un plazo perentorio, para que dentro dél, compareciese el Rey de Aragon y sus secuaces, ante la Sede apostólica, á dar cumplida satisfaccion á la Iglesia; pasado el cual, quedarían espuestas sus personas y bienes, á ser ocupados por cualquiera libremente, y se absolvería á sus vasallos, del juramento de fidelidad, quedando su derecho al Papa, para privar al Rey de Aragon de sus reinos y señoríos.

Para comprender la importancia de esta sentencia, y cuanto tenían de aterradores sus efectos; bastantes á producir la más honda perturbacion en otro que no tuviera el ánimo esforzado de nuestro héroe, es preciso trasladarse á aquellos tiempos, y considerar la extension del poder espiritual de los Romanos Pontífices, recientes todavía las humillaciones impuestas á mas poderosos monarcas, que el mundo cristiano había presenciado sufrir su enorme peso. El derecho á su vez las sancionaba, reconociendo en el Papa el supremo dominio del mundo, la raiz de toda autoridad, y la fuente divina de los poderes humanos, por delegacion conferidos á los reyes de la tierra. Valor inmenso y elevada conciencia, superior á aquel momento histórico, eran necesarios para contrarestar, la gran fuerza moral conque sobre el ánimo pesan, estas condenas en nombre de Dios impuestas, y como rayos de la cólera divina fulminados. Y aun, todavía mas trascendentales en sus consecuencias, no limitadas á la persona, sino estendida á la colectividad y en materiales obstáculos convertidas.

Pena espiritual y terrena, que al mismo tiempo que sepultaba en irremediable condenacion el alma, privaba de todos los bienes presentes, amargando la vida en todos sus aspectos. Si valor moral supone, resistir con serena frente su peso espiritual, no menos de toda clase lo supone, resistir todos los efectos materiales que consigo traian, la relajacion de los vínculos con los vasallos, en momentos en que el poder real no estaba aun consolidado, teniendo en frente la nobleza feudal, siempre ambiciosa y turbulenta.

Toda la entereza de carácter de D. Pedro y toda la fuerza de su indomable voluntad, fué necesaria para hacer frente á los grandes trastornos que le sobrevinieron, y que en peligro pusieron su reino. No prestándose á las exigencias del Papa, y arrojando las consecuencias de su proceso, vióse privado, por no haber comparecido en el término señalado, de todos sus reinos y señoríos.

Esta sentencia de privacion, dice Zurita, se publicó estando el Papa en la plaza de la Iglesia mayor de Orbits á 21 de Marzo de 1283, y agrega, «que pudo tanto la indignacion y ira que el Papa tuvo contra el Rey de Aragon y lo que el Rey Carlos le incitó contra él, que esto se tuvo por bastante causa y fundamento para privarle de los Reynos y Señoríos, que por tan largo discurso de tiempo sus predecesores habian conquistado de poder de infieles con tanto derramamiento de sangre.»

Por todas partes suscitaba el Papa obstáculos al Rey de Aragon, y reproducia sus anatemas, con toda la severidad á que le inducia, tratarle como encarnizado enemigo; ya dirigiéndose al Rey de Inglaterra para que no le asegurase el campo del desafio; ya al Rey de Francia concediéndole, la investidura del Reyno de Aragon y Principado de Cataluña, para su hijo segundo.

La manera despreciativa, cual á un reo se acomoda, con que menciona el Papa á nuestro monarca, se ve en su carta dirijida

al Rey de Inglaterra, cuyo testo inserta Zurita, y de este modo empieza.

«Martin obispo siervo de los siervos de Dios, á nuestro carísimo hijo en Cristo Eduardo ilustre rey de Inglaterra.»

«Es cosa muy decente á la dignidad real, y que conviene á vuestra salvacion, que en vuestra persona de tal manera prevalezcan siempre los afectos tan ordenados, que libremente endereceis vuestro ánimo, para promover los negocios de Cristo; «y con esto se dé favor á la tranquilidad pública, y con grande «cuidado se ponga impedimento á lo que fuere parte para perturbarla, pues con el favor divino se debe procurar su aumento.

«Confiando en esto nos pareció notificar á vuestra celsitud esta novedad del desafio que nuevamente se ha tratado y firmado entre nuestro carísimo hijo en Cristo Cárlos ilustre Rey de Sicilia y Pedro que solia ser Rey de Aragon, que por sus graves excesos está enlazado con vínculo de excomunion y anatematizado por la Sede apostólica.» Continúa después esta carta esponiendo el suceso, y concluye conminando tambien con la pena de excomunion al Rey Eduardo, si no llevaba adelante la prohibicion, que se le impone, de no asegurar el campo á los contendientes. A los ojos del Papa habia desaparecido el Rey de Aragon y tan solo quedaba, como en su letra refiere, Pedro el que serlo solia, aquél que ninguna clase de consideracion merecia, por estar sujeto á la pena mas grave que la Iglesia conoce. Pero, como aquella terrible sentencia no se habia pronunciado por motivo religioso, ni de un heresiarca se trataba, y tan solo por causas políticas inspirada, sus fines y sus consecuencias, tenian que ser de esta índole. Así esplicase, la investidura concedida á Cárlos de Valois, hijo segundo del Rey de Francia, en el Reino de Aragon y principado de Cataluña, previos pactos estipulados en favor de los derechos políticos, que la Santa

Sede defendia. En nuestro plan no entra, narrar la terrible guerra movida por el Rey de Francia que con ejército poderoso invadió el Ampurdan y puso sitio á Gerona, ni tampoco los notabilísimos hechos de armas, en que el Rey D. Pedro demostró su personal bravura, guerra que tuvo por resultado la pérdida del ejército francés.

La serenidad de D. Pedro y las altas prendas de su alma, muéstranse en los momentos graves en que por todas partes rodeándole peligros. A un mismo tiempo interpone apelacion en Roma, contra la sentencia de privacion de sus reinos, y prepara aprestos de guerra para resistir al ejército invasor.

Sus embajadores llevaban á la corte del Papa, la mision de declarar en consistorio público, las causas y razones que concurrían en su favor, para que no fuese juzgado por pasion, sin ser oido. Algunos de sus mensajeros fueron presos, viéndose en la necesidad de pedir seguro para los procuradores especiales, que últimamente mandara, señalándose lugar idóneo y asegurada su libertad y su vida, para que así pudieran libremente proponer, todo lo que le conviniese acerca de la nulidad y revocacion de los procesos y sentencia de su causa, declarándose el inícuo y malicioso fundamento que se había tomado, para dictar aquellas sentencias. Escusado es decir, que nunca fueron oidas sus alegaciones, y que el rencor del Papa duró lo que su vida. Es digno de apuntar aquí el juicio que acerca de este Papa y de su sentencia contra D. Pedro, emite un jesuita, el Padre Pedro de Abarca en sus Anales de Aragon, y á este fin insertamos el principio del capítulo V de su obra, que dice así:

«Murió tambien otro sino émulo, enemigo igual ó mayor
»del Rey de Aragon, el Papa Martino IV, en veinte y nueve de
»Marzo del mismo año en la ciudad de Peruza, fatigado de la
»guerra, de el estado de la Iglesia, y de los cuidados de juntar
»fuerzas contra Aragon, á cuyo Rey se mostró todo adversario

»en los cuatro años de su Pontificado. Murió empero no solo
»con opinion de insigne santidad, sino con el aplauso de muchos
»y grandes milagros que obró Dios en los enfermos, cojos y cie-
»gos que llevados á su sepulcro cobraron salud, pies y vista por
»sus méritos. Si estas maravillas que parece se escribieron dos-
»cientos años despues, se compusieron, al principio por la arte
»y la fuerza de la faccion Francesa, tan interesada en ellas para
»desacreditar las victorias de Aragon, mas se puede recelar que
»afirmar. Lo cierto es que hasta ahora no ha mostrado la Sede
»apostólica aprecio de tantos y tan manifiestos milagros para
»poner en los altares las imágenes de Martino aunque Pontífi-
»ce tan benemérito y en tiempos de más breves y fáciles ca-
»nonizaciones. Pero si los milagros fueron como se dijeron, pue-
»de contarse tan dilatado olvido ó desvio, por justo ejemplo de la
»divina providencia, que no ha permitido sea adorado como
»Santo, un Sumo Pontífice que aunque lo fuese causó con el ar-
»dor de su celo unas guerras tan sangrientas y dilatadas en lo
»mejor de la cristiandad, y dió con bulas publicas, á la espada,
»á la invasion y al despojo los Catolicísimos reynos de Aragon,
»restaurados y defendidos palmo á palmo, contra los enemigos de
»la fé, con la sangre y con los méritos de tantos piadosos reyes y
»vasallos, devotísimos hijos de la Iglesia romana. Cinco reyes y
»otros muchos príncipes ascendientes de D. Pedro habian muerto
»en batallas contra los mahometanos, casi todos vertieron su
»sangre batallando con ellos; y todos hasta el mismo D. Pedro
»pelearon por su mano por Cristo y en aumentos felicísimos de su
»nombre y reynos. Nada bastó para embarazar tan singular y
»severa determinacion contra el hijo y los nietos de D. Jaime el
»Conquistador que fue en aquel siglo el héroe de las caballerías
»cristianas. Los procesos que en este breve pontificado se forma-
»ron, están llenos de fuego y furor.»

No puede darse juicio más severo, ni juez menos irrecusable,

entre los jesuitas, celosísimos defensores de los derechos y prerogativas de los romanos Pontífices, se levanta tan descarnada acusación contra el Papa Martin IV, negándole el derecho de la investidura del reino de Aragon, y considerando su conducta por la pasión tan solo inspirada. Y así, mas adelante dice, que no fueron oídos, ni atendidos de la indignación romana, los embajadores y el Rey, que pidió seguro para hablar por su derecho delante del Papa y del Consistorio, por sí, por sus hijos y sus reinos. Y que pudo mas que todo, la viva aprensión del delito del Rey, cuando ni el título de la superioridad del Pontífice en lo temporal del Reyno de Aragon, se habia oído jamás con paciencia. Todavía por último agrega, que el Rey aunque militar y ofendido pudiera con menos paciencia no dar lugar á la observancia del entredicho eclesiástico, y estuvo tan atento y religioso, como quien reverenciaba, aunque en figura desagradable, á Cristo que debe ser igualmente adorado en todas. Con cuyas palabras confirma más, hasta que punto debia parecer ante la historia, rastrera y pobre la conducta del Papa por vengativa odiosidad alimentada. Y cuanto, su figura se empequeñece, tanto crece y se levanta la de D. Pedro. Ninguno de sus rivales rayó á la altura de su grandeza, ni fueran parte á apocarle los formidables ejércitos que invadieran sus reinos, ni las formidables censuras que apenaron su alma.

Refieren los cronistas que el ejército más poderoso hasta entonces en la cristiandad levantado, vino á la empresa del Rey de Francia, que ancha puerta encontrara por la traición de D. Jáime de Mallorca, y D. Pedro solo, sin aliados, le hizo frente, esmalutando esta parte de su historia, con asombrosos hechos, de singular bravura, viniendo al cabo á decidirse en su favor la fortuna, y aquel ejército numeroso, como dice Fray Francisco Diago, en su Historia de los antiguos Condes de Barcelona; «después que pasó »hasta la ciudad de Gerona, que tras de sostenido sitio, entró por

»partido; no ganó un palmo más de tierra, antes bien, de allí
»adelante fué en breve perdiendo los ganados, y el ejército des-
»andó lo andado hasta entrarse y recogerse en Francia con las
»manos en la cabeza sin ganancia ninguna y con pérdida de las
»dos partes de toda la gente. Que solo la tercera quedó con vida
»para llevar las azares nuevas á los que no las aguardaban tales
»sino muy buenas.»

Conclusion ninguna cuadra mejor á este trabajo, que adorna-
rarla con el rico florón del elogio que de sus prendas y persona
hace Zurita despues de narrar su muerte, que es como sigue:

«Fué muy valiente y gran guerrero, y muy venturoso en las
»armas, sabio y valeroso y el más estimado de todos los Reyes
»cristianos y moros que reinaron en su tiempo; y entre todos
»los que en su edad concurrieron fué habido por el más excelen-
»te y de ánimo más generoso y grande: como aquel que en los
»más árdulos negocios supo acomodar las armas con los conse-
»jos. Era de gran estatura, robusto y á maravilla bien proporcio-
»nado, y de una magestad muy real, de quien con razon dijo
»Dante que fué ceñido de todo valor. Y por esta causa y por
»aquella gran empresa que tomó contra los mayores y más po-
»derosos príncipes de la cristiandad y porque hasta sus enemigos
»le tuvieron por muy excelente caballero y gran Capitan, por di-
»ferenciarle de los otros reyes que hubo en Aragon de su nom-
»bre, le llamaron el Grande.»

